

1898-1899





HH1

EMILIO FRUGONI

DE LO MÁS HONDO

PRÓLOGO

DE

JOSÉ ENRIQUE RODÓ



TALLERES

de A. Barreiro y Ramos
Montevideo

I. N. I. A. L.

Procedencia ADQUISICION.-Lib.

ATENEA.- \$ 2.00.

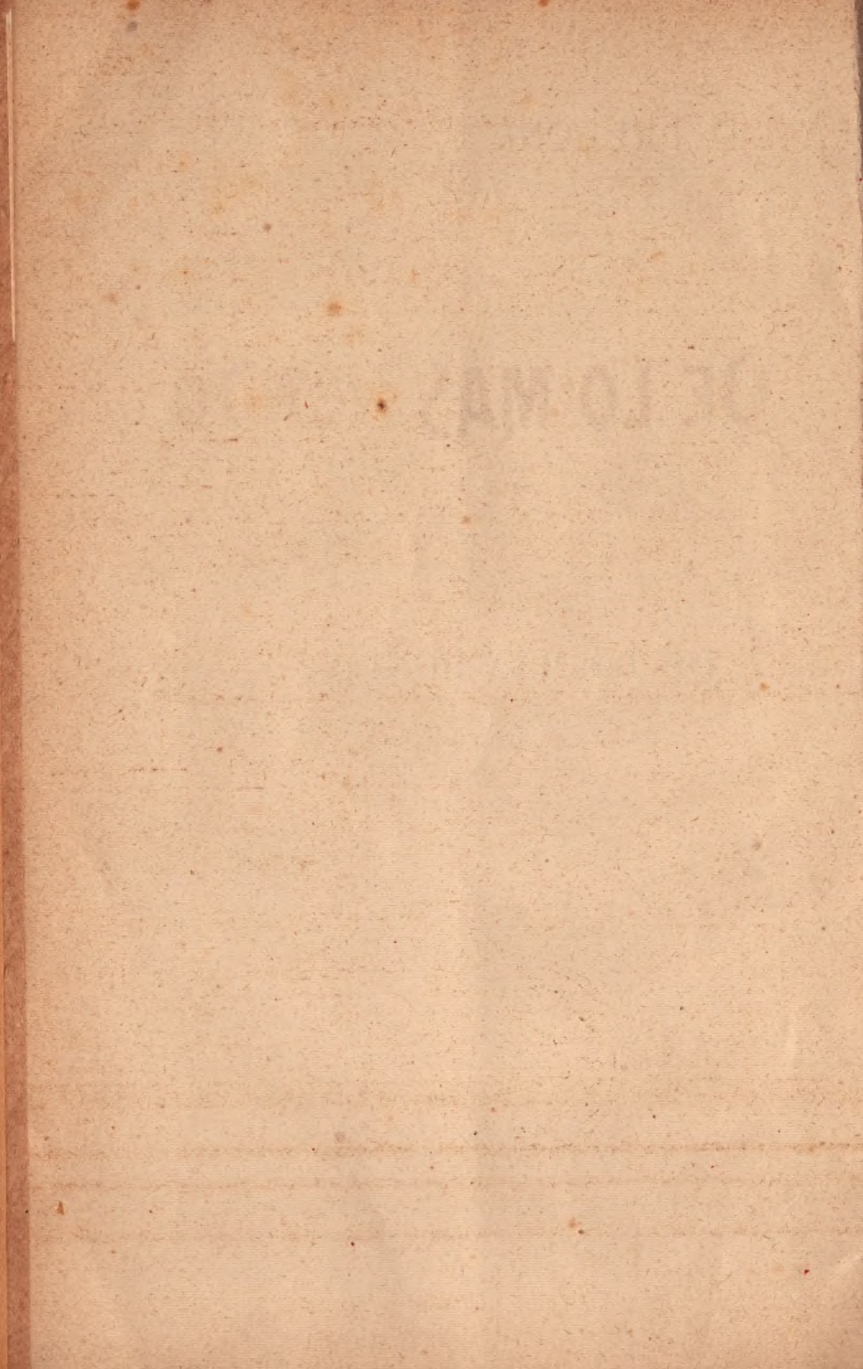
Expediente -----

Pieza Nº 38.-

Fecha 24 Dicbre. 1951.-

Destino BIBLIOTECA.-

DE LO MÁS HONDO



EMILIO FRUGONI

DE LO MÁS HONDO

PRÓLOGO

DE

JOSÉ ENRIQUE RODÓ



D.262.573

TALLERES
de A. Barreiro y Ramos
Montevideo

Reluados de INIAH. 1977.



MONTEVIDEO.—TALLERES DE A. BARREIRO Y RAMOS

CALLE CERRO, NÚMERO 61

1902

PRÓLOGO

No ha mucho tiempo que procuraba yo expresar, á propósito de un libro de versos, la sensación que produce en la mayoría de nosotros la comunicación espiritual con un temperamento lírico suficientemente dotado de vida y fuerza interior para limitarse á buscar sus inspiraciones en ellas, sin abrirse á la repercusión de lo exterior y colectivo.

Aquellos, decía yo, que tenemos dispersa entre las cosas del mundo una buena parte del alma, y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces sensaciones de la concentración sin que nos inquieten y sacudan los hilos espirituales que nos vinculan á esas cosas de afuera, envidiamos aquel privilegio y admiramos aquella facultad del poeta íntimo.

Honda y delicada vol ptuosidad (agregaba) debe de ser la de vivir perpetuamente sumergido en esas aguas serenas, y llegar á hacer así del propio corazón un alga rara, que, siendo cosa viva, parece flor de artificio ó extraño adorno compuesto de sutiles encajes!—Los demás sólo disfrutamos por excepción dichosa, tal cual vez, á la manera de regalado convite ó paseo encantador, los halagos de esa absorción escogida; pero en el poeta íntimo ella nos parece única y constante.

Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro de poesía, casi exclusivamente personal, «concentrada», *dulcemente egoísta*, y aquella impresión se reproduce, y se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva—como la música de que hablaba Porcia—dentro de sí.

Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confidencia.—No sé si habrá quien aconseje al autor que atienda á lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta

con la personalidad colectiva de su pueblo, ó con la de una comunión ideal á la que muevan hondos intereses humanos. Tal hubiera hecho buena parte de la crítica en un tiempo. Pero no lo haré yo, que, en presencia de un temperamento ú obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino á apreciarlos en sí mismos, tal cual la naturaleza desempeña en ellos su ley. —Siendo el instinto poético una *vocación*, en rigurosa etimología, esto es: un «llamado», el poeta sabe bien de dónde procede para él la misteriosa voz y cuál es la dirección que ha de tomar para acudir á ella, sin que los rumbos que le indiquemos nosotros puedan darle más fija y feliz orientación. Nuestro deber de críticos es limitarnos á juzgar la obra realizada, en el campo á donde el poeta nos lleva.

Y adviértase que es, quizá, éste de las intimidades el único campo que la poesía podrá reivindicar eternamente como *suyo*. Si yo creo en la perennidad de la forma métrica es porque no concibo cómo sería posible eliminarla de la expresión del sentimiento individual, en lo que ésta tiene de puramente lírico y no adherido

accesoriamente á la descripción ó el relato. Imaginemos que la querella de la prosa y el verso haya de resolverse definitivamente de la manera como ella está resuelta con relación á las actuales condiciones de oportunidad literaria, y que persiste para siempre la superioridad actual de la primera como instrumento de la narración, del diálogo dramático y de la imitación descriptiva. Concedamos aún que, por lo que toca á la expresión entonada de los grandes afectos colectivos, quepan, sin inferioridad, dentro de la elocuencia de la prosa, el himno, la imprecación, el credo de fé, el ditirambo, y el *pean* de victoria. Pero, aun cuando lo porvenir haya de ser eso, la forma poética conservará el imperio inmutable de las confesiones del sentimiento individual, cuyo interés perecerá, fatalmente, desvanecido en trivialidad y sinsustancia, cuantas veces intente privársele del *quid ineffabile* del ritmo. de la misteriosa virtud que el ritmo pone en los ápices de la expresión, como hay vagos y delicados aromas cuyo encanto se disiparía si se les desvinculase del tejido tenue y transparente de las flores de que se exhalan.

Por otra parte, hay veces en que, á pesar de buscar su poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega á ser el más universal — casi diría el más impersonal — de todos los poetas. Sucede esto siempre que las emociones, los afectos, los estados de alma, que en sus versos encuentran expresión, no son los excepcionales de una naturaleza poética caracterizada por extraña y anómala, ni presentan muy acentuada la *nuance* individual que cada humano corazón imprime al sentimiento. — Entonces, dentro de los vagos contornos con que el poeta dibuja la imagen de su vida interior, á todos nos parece ver algo de la propia; reconocemos allí nuestras sensaciones actuales, ó aquellas de que sabemos por el recuerdo, ó por lo menos nuestras sensaciones virtuales y posibles; y es así como la elegía de Musset, ó el *liéder* heiniiano, constituyen una poesía más *de todos*, más *impersonal*, más cercana á la universalidad que un día tuvieron las epopeyas y los cantos de gesta, que el himno sagrado de Manzoni ó la imprecación política de Barbier.

Íntima de esa manera; íntima y general á la

vez, por la índole de los sentimientos que expresa, es la poesía de este hermoso libro. Las emociones, las tristezas, los sueños que se dicen en él, son de aquellos que están en la trama misma de nuestra sensibilidad y que aparecen á nuestra mirada apenas la hundimos en la profundidad azul que tenemos dentro. Este género de poesía transparente, como el fondo de su corriente límpida, la identidad fundamental de nuestras almas. En cambio, aquel (no menos legítimo, sin duda) en que el relieve de la fisonomía individual alcanza á la singularidad y la excepción, hace sensible la idea de la complejidad infinita de que es capaz nuestra naturaleza á pesar de esa fundamental identidad. Pertenece á este último género la mayor intensidad de dominio sobre cierto número de almas, distintas para cada poeta, y que éste agrupa á su alrededor por afinidad electiva; pero el dominio más extenso es del primero. Cada uno siente y admira en la proporción en que es capaz de identificarse con el objeto de su admiración. El sentimiento justo y eficaz, como la plena inteligencia crítica, de una obra, sólo se

dan á condición de desprenderse provisionalmente, el lector ó el crítico, de una parte de su propia personalidad, para embeberse en la del poeta.—En presencia de una naturaleza moral hondamente distinta de la suya, esa mutación relativa de personalidad exige de ellos un esfuerzo, una tensión de simpatía, que no siempre logra ponerlos al unísono de aquella alma discordante. Pero cuando lo que el poeta se propone es desentrañar del «sentimiento de todos» el interés y la virtud comunicativa que le convierte en sustancia poetizable, tal modificación personal no es casi necesaria, ó bien es casi insensible. El poeta, entonces, reina sin opresión sobre sus súbditos.

Frugoni interpreta con intensa verdad aquel sentimiento, y lo interpreta en sus manifestaciones más hermosas y delicadas. Tonos suaves y de crepúsculo son los de su lírica. La unidad sentimental de esta colección de versos está en un vago dejo melancólico. Sabido es que el dolor es un voluptuoso *dilettantismo* de la adolescencia. Sabido es también que á la sugestión de las tristezas reales, como impulso generador

de poesía, se une entonces algo de ese hechizo de misterio y leyenda que tienen, para el alma sedienta de aventuras, los países raros, desconocidos y remotos. — No hay mucha sombra en la expresión de sus tristezas. Diríase que entre el sentimiento y la expresión, deja pasar — siguiendo un consejo magistral — el tiempo necesario para contemplar en la perspectiva del alma, con mirada serena, la elegancia de las tristezas apacibles ó de las emociones de amor, ó el desfilarse de los sueños, como nubes, ó un vuelo de recuerdos, como aves de paso que rozan el horizonte indeciso. — Pero hay veces en que la intensidad del sentimiento llega á la nota de la tristeza apasionada, como sucede en las composiciones que llevan por títulos *Mitortura* y *Tus rigores*.

Dominada, casi exclusivamente, la atención del poeta por el interés de lo que pasa en su escenario íntimo, poco es lo que le preocupa el escenario de la Naturaleza. Sus rasgos descriptivos son, sin embargo, verdaderos y hermosos; pero ellos están subordinados constantemente, como elemento accidental, al personalismo lírico, y no sólo reflejan la Naturaleza al través

de un estado de alma determinado, sino que señalan ese modo, aún más estricto, de subordinación, en que la Naturaleza aparece participando ella misma de los afectos del espíritu que la contempla. Así en *La Chozá*, *Primaveral*, *El regreso* y *Llanto de rosas*.

Todo lo que se refiere á la ejecución manifiesta en este poeta nuevo un sentido muy fino de lo plástico y musical de su arte.—Sabe escoger en el vocabulario poético, y rige con pulso firme y seguro el movimiento de la estrofa. Esculpe el endecasílabo del serventesio ó de la silva con clásica limpieza; y el romance se desata, al impulso de su mano, con la desenvuelta gallardía que hace pensar en los escarceos y arrogancias de un corcel de torneo.—Para apreciar, á la vez, la delicadeza de sentimiento y de expresión, y la destreza en el gobierno del verso, que es justo reconocer á Frugoni, nada me parece más conducente que la lectura de composiciones como *Súplica*, *Tus pupilas*, *Resurrección*, *Fénix*, *Tus ojos*, ó aquella que ocupa el segundo lugar en los *Aletazos* y á la que el autor no ha puesto nombre.—Menos me agrada

cuando vuelve á los metros y al estilo románticos, como en sus esproncedianas *Siempre vivas*.

Si se me preguntase cuál es, de las composiciones de Frugoni, la que me parece mejor, y más característica de las buenas cualidades de su estilo poético, quizá optaría por la *Súplica*. Hay aquí sentimiento intenso y acendrado, belleza de expresión; y el movimiento rítmico dá á un mismo tiempo una sensación de gracia y de fuerza. La sensación de palpar el mármol firme y pulido, ó de ver cimbrarse en el aire la espada del brazo vencedor.

En ésta y algunas otras de sus composiciones, es fácil reconocer el paso de suaves vientos de Italia. Me parece laudable y digna de ser estimulada esta influencia, que es nueva en nuestro ambiente. Á pesar de las similitudes de prosodia y de métrica entre ambas lenguas (lo que importa muchísimo tratándose de cosa tan subordinada como la expresión poética á los caracteres de la forma); á pesar del paralelismo tradicional en el desenvolvimiento de la poesía de ambas, desde que al sol del renacimiento tendieron, como dos velas amigas, su

vuelo; y á pesar también de la proporción considerable con que contribuyen el espíritu y la sangre de aquel pueblo glorioso á la formación del bronce de nuestra raza futura, sólo como notas excepcionales y pérdidas pueden señalarse las influencias de la poesía italiana en la de los poetas de la América de habla española.

Verdad de sentimiento; elegancia y delicadeza de expresión; manejo hábil y espontáneo del ritmo: tales son las condiciones que singularizan y realzan el talento de este nuevo poeta, que es, en ese y otros conceptos, uno de los espíritus mejor dotados de su generación. Si, como el paladín de la leyenda, hubiera él de poner en la mesa del hada propicia su homenaje, que debía ser también un símbolo de lo que el alma del ofrendador llevaba dentro, pondría, no piedras ricas, tributo de la vanidad, ni flores, don efímero. sino, como el paladín, estas ofrendas, cuanto más sencillas más hermosas: un vaso del agua intacta de un torrente y una hoja límpida y flexible de acero.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

POR QUÉ...

Contemplad al amor de mis amores,
que os dirá su mirada irresistible
por qué flota en mis ojos soñadores
la tristeza inmortal de lo imposible.

Contempladla. Ya viene... Siempre altiva
como una reina por el mundo avanza...
¡Lleva en sus ojos mi pasión cautiva
y cautiva en sus labios mi esperanza!

Contempladla! Mi amor sigue sus huellas,
el fulgor de una aurora la preside,
y no brillan en lo alto las estrellas
porque la luz de su mirar lo impide.

Contempladla!... Bien sabe que la adoran
y altiva cruza, sin amor, sin penas,
y arroja su mirada á los que imploran
cual si fuese un manojo de cadenas.

Bien sabe que atará los corazones
de su desdén con los terribles lazos.
Presas de su desdén mis ilusiones,
hizo un cetro de amor con sus pedazos!

Se fué tras ella el alma dolorida
y hoy, entregada á su beldad mi suerte,
náufrago del amor, busco la vida
y me hundo en los abismos de la muerte.

Impasible castiga mis amores,
y mi alma entera á su desdén se baja...
¡Va hollando flores al pasar! Las flores
mueren besando el pie que las ultraja!...

Y sus pupilas que el dolor remueven
nunca dolor ante mi mal denotan.
Los astros son así: no los conmueven
las tempestades que á la tierra azotan.

Pasa ante mí tranquila y despiadada,
llenando de amargura el pecho mío,
¡hundiendo en el vacío la mirada,
porque antes que mi amor, quiere el vacío!...

.....

.....

Contéplad al amor de mis amores,
que os dirá su mirada irresistible
por qué flota en mis ojos soñadores
la tristeza inmortal de lo imposible.

LLANTO DE ROSAS

Cubren tus balcones
las cortinas blancas
de las rosas tristes,
de las rosas pálidas
que, al mover sus tiernos
pétalos el aura,
son como unas manos
que trémulas llaman,
y son como nidos
que en su seno guardan
el ave celeste, ideal, del Perfume,
batiendo las alas.
Miran tras la reja
las corolas blancas,
hacia la penumbra

que flota en tu estancia,
para ver tu rostro
que antes contemplaban
con arrobamiento
todas las mañanas,
cuando entre fulgores,
niña, te asomabas
á que de tus trenzas
en las rubias matas
el sol enhebrase
con hilos de oro
sus flores de plata.
Hoy en vano miran
hacia aquella estancia
que antes era un nido
lleno de alborada,
de alegría y cantos,
de ternuras y ansias,
y hoy es un sepulcro
que en la sombra guarda
tan sólo el recuerdo
de esa edad pasada,
recuerdo que flota
dentro de la casa

como un grato efluvio
que el amor dejara...
y como el espectro de aquellas ternuras
y de aquellas ansias!...

.....

En vano es que miren,
¡ya no ven tu cara!
¡Ay, por ella abrieron
sus corolas llenas de suave fragancia,
porque ella era el astro
que les deslizaba
entre sus alburas
de sedosa escarcha
rayos de alegría,
que es la luz del alma!

.....

¡No abrirán su broche
las rosas tempranas
hasta que no vuelvas al balcón florido
donde te adoraban!
Y las rosas viejas,—
esas rosas pálidas
que un beso de aromas
en tus pies dejaban,—

al mover sus mustios
pétalos el aura,
son como unas manos
que trémulas llaman
á la virgen rubia para quien abrieron
su broche de nácar!
Y al ver que no vienes,—
tristes flores pálidas!—
tiemblan en la reja
como manos blancas
que dan sus «adioses»
á la caravana
de los sueños de oro
que cantando pasan...
¡Ellas se despiden de sus ilusiones!
de sus esperanzas!
un postrer suspiro
de aromas exhalan;
el ave celeste, ideal, del Perfume
agita las alas,
tendiendo su vuelo
hacia otra morada;
¡y quedan las rosas
muy tristes, muy lacias,

cual nidos que cuelgan
de una vieja rama,
muy fríos y solos,
sin cantos, sin galas!

Y luego, las pobres,
sus pétalos niveos esparcen al aura,
y van descendiendo los pétalos tristes,
cuajados de escarcha,
cual lluvia de perlas que cae lentamente
del viento tranquilo mecida en las alas.

.....

.....

Hoy las rosas lloran
lágrimas de plata
porque tú no has vuelto,
porque no las amas,
porque ya no tienen á quien dar su esencia
ni mostrar sus galas!
Hoy las rosas lloran
sobre tu ventana,
¡y llegan al suelo
deshechas en lágrimas!

TUS PUPILAS

Son un mar tus pupilas tentadoras,
donde la perla del ensueño asilas.

Como la mar, traidoras,
verdes como la mar son tus pupilas.

Las agitan recónditos furores,
como al mar, cuando cruza la tormenta,
¡y saltan al vacío sus fulgores
como espumas de una ola que revienta!

Ellas retratan á la nube oscura
que una mancha de sombra les arroja.
¡Yo he visto, en los momentos de amargura,
asirse á tus miradas la congoja!

De tus pupilas elevarse veo,
cuando cargadas de pasión me besan,

fugitivos chispazos del deseo
que, cual aves marinas, atraviesan.

Por ellas indulgencias y rigores
en lo más hondo de mi ser destilas,
y comprendo al bañarme en sus fulgores
que llevas la esperanza en las pupilas!...

Un mar de donde brotan mis auroras
es el mar de tus ojos, adorada;
por eso en tus pupilas soñadoras
sumerjo intensamente la mirada...

En ese mar, también, hallan mis días
una tumba que guarde sus destellos:
el sol de mis doradas alegrías
muere en el fondo de tus ojos bellos!

Abismo de mi afán, por él relevan
á mis glorias de amor las desazones.
Mis ilusiones desde allí se elevan
y allí van á caer mis ilusiones.

Y es siempre mi pasión la castigada
con ese altivo mar en las querellas.

Si de sus ondas brota la alborada,
es porque el sol ha de morir en ellas!

Inconstante y traidor, siempre mantiene
en rudo sobresalto el pecho mío:
ya al bajel de mi amor, blando retiene,
ya lo hace zozobrar, hosco y bravío.

Siempre estudio ese mar y siempre en vano
quiero saber como obrará su imperio:
¡igual que cuando miro el oceano,
se estrella mi razón contra el misterio!

De lo más hondo de ese mar levanta
su vuelo una canción dulce y serena:
es la promesa de un amor que canta
como canta en los mares la sirena.

¡Cuántos pobres viajeros atraídos
por ese canto que hasta el alma llega,
dejaron sus ensueños sumergidos
en ese mar donde el dolor navega!

.....

.....

Son un mar tus pupilas. Yo he buscado
á través de sus ondas la pasión,
y en sus ondas de luz ha naufragado
mi pobre corazón!

LA CHOZA

En un claro del bosque
surge mi casa,
tendiendo sobre el fondo verde del prado
su risa blanca.
Es un copo de nieve
que se destaca
salpicando la sombra
como una mancha.
Hace tiempo te espera,
mi dulce amada,
con claveles prendidos
en las ventanas,
como labios que dejan en los cristales
besos de grana,
y las puertas abiertas, como los brazos
de quien te llama!

¡Esas puertas son bocas que en la penumbra
de la enramada,
se abren para decirte que vengas pronto,
paloma ingrata!

Desde ha tiempo, tu vuelta
mi choza aguarda,
mi choza que se viste con los fulgores
que desliza la aurora sobre sus tapias,
y prende en los calados de su techumbre
los diamantes de todas las alboradas;
mi choza, que fulgura como una perla
que en medio del ramaje quedó engarzada.

¡Hace tiempo te espera con sus paredes
cubiertas de jazmines y pasionarias,
con sus verdes festones de madreselva
que abanican colgando de las ventanas,
con los niveos reflejos de los umbrales
y el ambiente aromado de las estancias!

.....

Aunque vierte alegrías,
con sus luengos tapices en las ventanas,
y la alfombra de flores en los umbrales,

y el juego de las luces sobre las tapias,
su interior es muy triste
porque le faltan
el brillo de tus ojos de bayadera,
los arpegios de lira de tu garganta,
el aroma de nardos que se desprende
de tus carnes rosadas,
y el fugaz culebreo de la sonrisa
que brota de tus labios, como una llama.
Se parece á su dueño, que siempre ríe,
que una canción de gloria siempre desgrana,
¡pero esconde en el pecho todas las penas
que puedan desplomarse sobre las almas!

Que al mirarse por dentro
ve que le faltan
el fulgor de tus ojos que le ilumine
la pasión que palpita con sus entrañas,
de tu voz los sonidos que le enajenen
y viertan en su pecho dulces palabras,
el aroma de nardos de tus encantos
que envuelva sus sentidos en ténue gasa,
y el fugaz viboreo de una sonrisa
que ahuyente al ave negra de su desgracia!

.....

En un claro del bosque se ve mi choza
pequeña y blanca,
iluminando el bosque como una estrella
de luz de nácar
que en el verde tejido de los arbustos
quedó enredada.
Si la luz de la aurora
besa sus tapias,
de diamantes y perlas
se ve cargada.

¡Qué alegre está por fuera! pero por dentro
¡qué solitaria!...

Que aunque la besen
por fuera los destellos de la alborada,
no la besan por dentro tus esplendores,
¡y flota la penumbra dentro la casa!...
Está como su dueño! Que aunque lo besen
otros labios amantes y otras miradas,
cuando evoca la sombra de sus recuerdos,
ve que le faltan
¡el beso de tus labios para sus labios
y el beso de tu alma para su alma!

.....
Las hebras de fulgores

de la mañana
tejen velos dorados
sobre mi casa.

¡Qué alegre está por fuera! pero por dentro
¡qué solitaria!

.....

Hace tiempo te espera, ¿por qué no vienes
á vivir en mi choza, niña adorada,
á derramar en ella con tus encantos
alegrías de luces y notas de arpa,
á sepultar la sombra bajo el destello
de tu mirada,
á traer á su seno toda la dicha
que vuelcan las auroras sobre sus tapias?

¿Por qué no vienes?

Te espera sonriendo mi choza clara,
como una niña muerta que de corolas
amortajaran:

¡se sonríe su rostro, pero á la pobre
le falta el alma!

SERENATA

I

En el ramaje que la brisa mueve
cuelga la luna su festón de plata;
el llanto de su luz tranquila llueve,
y es cual bruma de nieve
que entre la sombra su cendal desata.
¡Con los suspiros de la brisa leve
subirá hacia tu amor mi serenata!

II

Ven! y el ósculo recibe
de aquel rayo de un lucero,
que al llegar á tu balcón,
en signos de luz escribe,
sobre el cristal, lo sincero,
lo ardiente de su pasión.

Ven! que solloza la brisa
culebreando entre las flores
que festonan tu cristal,
y te pide una sonrisa
al desgranar sus olores
en tu balcón oriental.

Ven! que rozan tus cristales
los insectos luminosos,
gotas con alas de sol,
y tejen con los raudales
de sus destellos hermosos
la urdimbre de un arrebol.

Ven, mujer! Yace la calma
que antes cobijó mi vida,
en tus labios de rubí. . .
¡Y siento agitarse el alma
como una paloma herida
que tiende el vuelo hacia tí!

Ven! que en tus labios de grana
quiero engarzar un deseo
y encender una pasión.
Ven! que al pie de tu ventana,
gime el alma de Romeo
dentro de mi corazón!

Ven! Mi pecho sus gemidos
y sus ternuras exhala
en el canto arrobador.
¡De mi laúd los sonidos
han de tejer una escala
para que suba mi amor!

Ven! que en las cuerdas sonoras
que salpicará mi llanto,
toda mi vida volqué.

Si al escucharme no lloras,
ni á tu amor llega mi canto,
sin vida me quedaré!

Ven! que mi ilusión te espera,
como el ave á la alborada
para bañarse en su luz.
Ven! . . . ¡antes de que me muera!
que tengo el alma clavada
de tu belleza en la cruz!

III.

Se ilumina el balcón . . . Mi reina asoma.

¡Se abre el cielo á mi vista alucinada!

¡Flores, verted aroma!

¡Selvas, cantad un himno á la alborada!

¡Astros, verted fulgores!

¡Entonad vuestros cantos, ruiseñores!

Que ya la gloria de su faz destella

entre un marco de flores,

quitándole un reflejo á cada estrella

para hacerlo irradiar en mis dolores!

LOS PARÉNTESIS

Quédate así, gloria mía,
en el diván recostada,
con el rostro perfilado
sobre las telas asiáticas,
que envuelven como celajes
de brillazones rosadas
al blanco sol de tu rostro,
simulando la alborada,
que surge en el horizonte
como una concha de nácar
que se abre sobre los campos,
hacia los campos volcada,
y en cuyo seno atesora
del Sol la gran perla blanca.
Quédate así, gloria mía,

en el diván recostada,
y escucha mis pensamientos,
escúchame bien, sultana:

Tus cejas, arcos de sombra
tendidos como dos alas,
y las misteriosas curvas
de tus ojeras violáceas,
en paréntesis extraños
encierran á tus miradas.
Paréntesis interpuestos
en mitad de mi desgracia,
para engarzar de mi vida
en la dolorosa página
una frase de consuelo
que al espíritu le habla
el misterioso lenguaje
del ensueño y la esperanza;
oh paréntesis gloriosos
que de mi vida en la página
deteneis el torbellino
de las verdades amargas,
dando tregua á los dolores
que va descifrando el alma,



la frase que en vuestras curvas
encerrais, en mi desgracia
es el oasis que altivo
sus verdes copas levanta,
como penachos de anhelo
que hacia la altura se lanzan
por cima de la espantosa
desolación del Sahara;
la fuente de ondas serenas
que, al abrigo de las palmas,
en medio de la llanura
donde al viajero maltrata
la sed de los arenales
adherida á su garganta,
se ofrece como una virgen
desnuda, radiosa y casta,
en sublime sacrificio
á la lujuria entregada...
Eso encerrais, ¡oh benditos
paréntesis! En la página
tenebrosa de mi vida
vuelca toda una alborada
esa expresión luminosa
que vuestras curvas abrazan

y que brilla como el verbo
de mi gloria y mi esperanza!

¡Oh, qué hermosos los paréntesis
que aprisionan tu mirada,
formados por unas cejas
tendidas como dos alas
que inmovilizan su vuelo,
con ostentación de gracia,
sobre los curvos abismos
de unas ojeras violáceas,
dejando en medio dos trozos
de cielo, por donde pasan,
persiguiéndose tenaces,
en collares, en bandadas,
como pájaros divinos,
tus ensueños y tus ansias!...

MI TORTURA

Cuando en mi vida la tortura enciendo
yo sé que en el dolor que voy sufriendo
encontraré el tesoro de mi gloria,
pues mientras viva por tu amor muriendo,
muero para vivir en tu memoria.

Cuando apuro la hiel que tus enojos
escupen con desprecio á mis antojos,
yo sé que sobre todos los agravios,
leeré en lo más profundo de tus ojos
lo que jamás han de decir tus labios!

Cuando encuentro el puñal de tus desdenes,
yo sé que aunque á la muerte me condenes,
me vendrás á besar despues de muerto:
¡ese orgulloso corazón que tienes
para mi vida es un sepulcro abierto!...

Es un sepulcro que á mi vida espera
para guardar en él cuando me muera
el cadáver de todos mis dolores,
¡y si ellos son, mujer, mi vida entera,
mi vida estará en tí con mis amores!

Cuando sufro por tí mi amor se lanza
á sufrir más aún, con la esperanza
de conseguir tu amor con mi tormento,
y si en la tumba tu pasión se alcanza,
pensando en tí me moriré contento.

Y no detesto la tirana suerte
que por castigo me ordenó quererte,
porque en medio al pesar que me devora,
si caigo doblegado por la muerte,
la muerte para mí será una aurora...

Cuando pongo á tus plantas mi existencia,
como una flor de desmayada esencia,
para que la destroces con tus plantas,
yo sé que, al estrujarme tu inclemencia,
la aroma de mi ser á tí levantas.

Me dirijo al dolor, tal como quiere
ir á la llama cuya luz la hiere

la mariposa, á quien morir le espera,
porque es bello morir cuando se muere
abrasado en la luz de una quimera.

En esta lucha en que perdí la calma,
mi amor sube hacia tí, como la palma
que pretende llegar hasta la nube,
y aun no ha logrado acariciar á tu alma
por más que á impulsos de mi empeño sube!

¡Si tu alma es para mí como es el cielo!
Tendida por encima de mi anhelo
vuelca su inmensidad sobre mi frente,
y encadenado á su atracción mi vuelo,
se dirige á tu amor eternamente. . .

Y al ver mi corazón que nunca alcanza
el firmamento que á tocar se lanza,
enciende una ilusión en tus rigores,
que si apaga el dolor á la esperanza,
mi esperanza se nutre en mis dolores!

SÚPLICA

De mi no apartes la mirada! Deja
que pueda sepultar en tus pupilas
la angustia que en mis ojos se refleja.
Ten compasión de mí! Sobre mi anhelo,
como un ala de amor y de consuelo
la honda ternura de tus ojos tiende,
que si una hoguera su fulgor enciende
en mí, esa hoguera ha de alumbrarme el cielo...

Acaricie mis penas la dulzura
de tu mirada obscura.

Pon, otra vez, tus ojos en mi vida;
¡vuelve, vuelve querida,
á adormecer en ellos mi amargura!

No dejes sin luceros
la noche del dolor en que me agito.

¡Alumbra con tus ojos los senderos
de mi afán á través de lo infinito!
Vuelve hacia mí la luz de tus pupilas,
y deja que tranquilas
acojan en su lumbré mis ardores,
y en esos antros do la gloria asilas
se unirán á tu gloria mis dolores.

¡Mírame, pues te miró!...
¡Que desde el fondo de tus ojos bellos
me bese el alma por la cual suspiro!
Y cuando vuelvas la gentil cabeza,
por fin de mis dolores apiadada,
¡yo ataré tu alegría á mi tristeza
con la cinta de luz de una mirada!

Mírame, porque ansío
ver que mi imagen ríela en tu pupila,
simbolizando al sentimiento mío
que ríela, como un astro, sobre el río,
de tu alma tranquila...

.....

Vuelve á traer á mi razón la calma:
mírame sin enojos,

¡y deja, deja otra vez más, que un alma
me acaricie en el fondo de tus ojos!

EL VIENTO

¡Oh, qué noche triste!
¡Oh, qué noche negra!
Cómo gime el viento,
cómo gime el viento cruzando la selva!

Mientras en mi estancia
medito mis penas,
el viento que gime
largamente afuera,
como si tuviese
miedo á las tinieblas,
se arroja temblando sobre las ventanas,
sacude las puertas,
y cual si esperara que le diese asilo
golpea... golpea...

¡Oh, qué noches tristes,
oh, qué noches negras
son las que me paso pensando en la niña
que causa mis penas!
pensando en la diosa de mis oraciones
que nada me quiere por más que la quiera;
hundiendo en mis ansias de amor infinitas
el tétrico rayo de luz de la idea;
haciendo surgir de la mente en el claustro,
por donde desliza su sombra una pena,
la radiante visión de ojos verdes
y doradas trenzas,
que gloriosa cruzó por mi vida
como un astro que cruza la niebla.
Medito que en tanto yo estoy encerrado
oyendo del viento la fúnebre queja,
con frío en el alma,
con frío y tinieblas,—
porque llevo en el alma una noche
muy fría y muy negra,—
¡estará con otro!
oyendo risueña
las palabras de amor que él le dice
juntando sus labios al oído de ella,

¡ay! sin acordarse,
la ingrata, que mientras,
yo sufro y me muero, —
¡me muero por ella! —
sin oír como pasa en la sombra
la fúnebre queja;
sin saber que la noche es muy fría,
muy fría y muy negra!...

¡Ay! qué noches largas
me paso en mi celda
pensando que al tiempo
que muero por ella,
¡ella está con otro!...

.....

¡Oh pobre poeta,
abre al viento que triste solloza
de tu asilo ventanas y puertas,
y deja que lleve muy lejos, muy lejos,
fundidas en una, su queja y tus quejas!

TUS OJOS Y TUS LABIOS

En un album.

Con sus raros encantos me fascinan,
aunque sus gracias de mi amor desvíen,
que al sonreír, tus labios iluminan,
mientras tus ojos, al mirar, sonríen.

Y huyen de la memoria los agravios
y abandonan el pecho los enojos
cuando alumbra la risa de tus labios,
ó ríe la mirada de tus ojos.

Y se pregunta la razón turbada,
ante el bello fenómeno indecisa,
si ha bajado á tus labios la mirada,
ó ha subido á tus ojos la sonrisa.

MI CORAZÓN

El pobre corazón mío
se parece á una campana:
cada vez que en él golpean,
mi pobre corazón canta.

Cuando encima de él se abate
de un dolor la ruda masa,
mi corazón se estremece
y un gemido al aire lanza.

Cuando de un odio profundo
lo sacude alguna racha,
su voz parece un rugido
que á los furores proclama.

Cuando la maldad del hombre
su furia contra él desata,
se yergue ante los ataques

y ardiendo en bríos se lanza
al encuentro de la mano
que sin compasión lo ataca,
y con más fuerzas embiste
á la calumnia y la infamia,
cuanto más rudo es el golpe
que encima de él se descarga;
y entonces su voz canora
en voz de trueno se cambia,
y de sus propias fierezas
siempre indómitas en alas,
se eleva sobre el tumulto
de todas las amenazas
y es un reto valeroso
que aletea y que se afana
sobre todas las cervices,
como un violento oriflama!

Cuando viene el desengaño
á rozarle con sus alas,
responde con un lamento
que llena de angustia el alma:
su voz parece el gemido
que brota de una campana

cuando en lo alto de la torre
algún ave atolondrada
choca con ella, asustando
á las palomas sagradas
que en los huecos de la torre
entre las sombras descansan.
Y luego, cuando el sonido
del rudo golpe se apaga,
vuelve á vibrar hondamente,
lo mismo que una campana
que dobla porque se ha muerto
una virgen toda blanca,
despidiéndola del mundo
con la voz de la plegaria,
que mi corazón entonces
despide á las esperanzas
muertas por el desengaño,
y la canción que desgrana,
parece lluvia de flores
cayendo sobre una lápida...

Cuando una ilusión se aleja
y el ensueño se desvana,
como red de hilos de oro

que desteje la desgracia,
la voz que de él se desprende
es igual á la que baja
desde lo alto de la torre
cuando la misa se acaba
y se van unas tras otras,
perdiéndose en lontananza,
todas las niñas del pueblo,
alegando la mañana
con sus risas y sus cantos
y sus pañoletas blancas,
dejando sola la iglesia,
que hasta ese instante poblaran
con los rumores del canto
y el fervor de las plegarias,
dejando sola la iglesia,
ya sin luces y sin galas,
con los altares hundidos
en una penumbra vaga,
y fundiéndose en el aire
rosado de la mañana
la postrer onda de incienso
ante el altar derramada.

Cuando la apacible brisa
de un tierno amor con sus alas
viene á rozarle, su canto
parece el de una calandria.
Cuando lo impulsa el anhelo
de arrancarle una mirada
á alguna niña hechicera,
tiene el acento de un arpa,
y su voz es un sonido
lleno de ternuras y ansias
que va á morir dulcemente
al pie de alguna ventana,
enredado en los compases
de una tierna serenata.

Cuando el desdén de una niña
sin compasión le maltrata,
responde con el tañido
que insistentemente llama
á la misa, reclamando
de la bondad de las almas,
una oración por aquellas
que están purgando sus faltas,
rogándoles, exigiéndoles

á las virtudes cristianas,
la presencia fervorosa,
llena de unción, ante el ara,
donde alzaré el sacerdote,
para todos, la hostia santa:
la hostia del Amor, la misma
que yo alzaré ante la ingrata!

Si es la Alegría quien llega
á sacudirle sus ansias,
suena todo alborozado
como la grácil campana
que repica en día de fiesta,
que «¡gloria en la altura!» canta,
que inunda toda la villa
de rumores y algazara
volcando á los cuatro vientos
su raudal de notas claras
que despiertan entusiasmos
y adormecen la desgracia,
que caen como mariposas
traviesas y atolondradas,
y salpican su alegría
dentro de todas las almas...

Y cuando tus grandes ojos
le tiran una mirada,
como una piedra traidora
que sobre el metal se lanza,
el pobre corazón mío,
al ver el fuego que irradian
esas tus pupilas negras
de fulguraciones raras,
en cuyo fondo parece
que giran soles con manchas,
toca furioso á rebato,
lo mismo que la campana
cuando un incendio en la aldea
sus rojos bríos desata!

LOS CELOS

¿Que tienes celos? — Á mi mente halaga
el que los tengas, porque sé, bien mío,
que de tu mente el loco desvarío
del fuego del amor es una llaga.

Sobre esa sombra que en tu pecho vaga
destella el astro de un amor que ansío.
Tus celos no son más que el soplo frío
que envanece á la antorcha y no la apaga.

Cuando surge el amor, surgen los celos,
que cuando asciende la radiosa hoguera,
como escala de luz, hasta los cielos,

la nube de humo en torno de ella asombra,
y al lado del amor que reverbera,
la nube de los celos hace sombra.

MIS SIEMPREVIVAS

I

¿Ya olvidaste? ¿Ya olvidaste
los ardientes juramentos
de que á nadie entregarías
tu angustiado corazón?
¿Ya olvidaste los suspiros,
ya olvidaste los lamentos
con que aquella triste noche
me implorabas compasión?

¿Ya olvidaste las palabras
que surgían temblorosas,
castigadas por la angustia,
de tus labios de coral,
como pájaros heridos

cuyas alas afanosas
se agitaran golpeando
de mi amor en el cristal?

¿Diste al viento esas palâbras?
¿Diste al viento los sollozos
de tu pecho acongojado
por mi firme decisión,
cuando tú me repetías
que eran grandes los destrozos
que en el alma para siempre
te causaba mi «traición»?

¿Qué se han hecho, qué se han hecho
las eróticas ternuras
que en mi espíritu volcabas
como un bálsamo al dolor?
¿qué se han hecho las caricias?
¿qué se han hecho las locuras
de los éxtasis sublimes
de nuestras noches de amor?

¿Y los besos? Y mis besos de pasión,
¿á dónde han ido?
¿No palpitan en tus labios,

ya, los besos que te dí?
¿Ya no tiemblan en tu boca,
como alas en un nido,
los ardientes, locos besos
de mi loco frenesí?

¿Qué se hicieron? ¿Ya no vibran
en tus labios virginales,
como notas de lujuria
en las cuerdas del placer?...
¡Ah! no mates esos besos!
¡Que ellos surjan triunfales
siempre, siempre, sobre todos
tus ensueños de mujer!

No los mates concediendo
de tus labios la dulzura,
sepultándolos debajo
de otros besos de pasión.
¡Que perduren en tu boca,
destellando mi amargura,
esos trozos desprendidos
de mi ardiente corazón!



Que ellos vibren en tus labios
como acordes de lujuria,
y perfumen como rosas
que en tus labios derramé.
¡Que perfumen, y que vibren
entonando la canturia
del amor, que en tus oídos
tantas veces desgrané!...

II

¿Ya olvidaste? ¿Ya olvidaste
los ardientes juramentos?...
¡Yo ya sé que, noche á noche,
hay quien ruega tu pasión;
yo ya sé que hay otro amante
que recoge tus acentos;
yo ya sé que hay otra sombra
que se adhiere á tu balcón!...

¿Olvidaste las promesas,
por lo falsas, irrisorias,
que llorando repetías

cuando yo te abandoné?
¡Qué razón tuve al decirte
que eran penas transitorias
las amargas, rudas penas
que en tu espíritu grabé!

Mas los besos lujuriosos
que te dió mi pasión loca,
los ensueños de tus noches
incansables velarán.
¡Esos trozos de mi vida
que conservas en la boca,
son más fuertes que el olvido:
nunca, nunca morirán!

Esas flores de mi sangre
que arrojé sobre tu vida,
son eternas: su perfume
dura más que nuestro amor.
Siempre frescas en tus labios
estarán, mujer querida,
envolviendo tu existencia
con su aroma embriagador.

Se han llevado tus promesas
de otro amor los huracanes;
diste al viento tus palabras,
que ¡quién sabe á donde van!
mas los besos que en tu boca
descargaron mis afanes,
yo bien sé que no se han ido,
¡yo bien sé que no se irán!...

LA INVENCIBLE

Es tan grande mi amor, que en la contienda
que tú sostienes contra el pecho mío,
espero á veces que mi amor se extienda
y te arrastre en sus ondas, como un río.

Pero, ¡vana ilusión! Pasa el torrente
sin que te doble su fiereza loca,
que en medio de mi amor á la corriente
tú eres la roca, ¡la invencible roca!

EL REGRESO

Me dicen que volviste, mi rubia primavera.
El ave de mis cantos porque volviste suelto,
para que en tus balcones, el ave triste, muera,
si has vuelto para todos y para mí no has vuelto.

Me dicen que volviste. ¡Qué largo ha sido el viaje!
Ya han visto otras regiones la luz de tus encantos,
y aun flotará en tus ojos el brillo de un paisaje
que no es el de la tierra donde aprendí mis cantos!

Me dicen que volviste, mas tu fulgor no veo,
ni aspiro la fragancia que á tu beldad se aduna,
¡y aun yace en tus jardines la escala de Romeo
cubierta por un musgo de blanca luz de luna!



Si has vuelto, ¿por qué llora la triste enredadera
que ondula suavemente al pie de tus balcones,
donde hace tanto tiempo que el trovador te espera
tejiendo en el olvido la red de sus canciones?

Si has vuelto, ¿por qué penden las temblorosas ramas
como cansados brazos que abate el desaliento,
y lánguidas tremolan, cual mustios oriflamas
que cuelgan en la altura, caídos sobre el viento?

¿Por qué ya no se enroscan preñadas de verdores
en el balcón brillante, donde hoy tu faz no asoma,
cual sierpes del deseo, que llenas de temblores,
subían á morderte las plantas con su aroma?

¡Has vuelto! Si aun esperas que al tuyo se reúna
todo mi amor; si aun quieres que adore tu sonrisa,
¡ven á buscar conmigo la escala de la luna
por donde á verte bajen Graciela y Eloísa!

TU RAYO DE SOL

Dichoso el rayo de sol
que descende á tu ventana
y sin recelos penetra
todas, todas las mañanas,
á través de las rendijas
en tu voluptuosa estancia,
donde flotan los perfumes
de tu cuerpo de sultana
como silfos tentadores
que de tu cáliz volaran —
¡oh fabulosa, oh divina
flor de carne! — y cuyas alas,
al moverse en la penumbra
de tu alcoba, desparraman
extraños enervamientos
y languideces asiáticas.

¡Dichoso el rayo, dichoso!
que tu niveo lecho asalta
y te sorprende durmiendo
como una paloma blanca
en un nido de jazmines,
y sobre tu frente cálida
se deshace en lluvia de oro
y de perlas que resbalan
por la tersura del cutis
sonrosado de tu cara,
y cosquillea en tus hombros,
donde los nardos dejaran
su candorosa blancura
y su excitante fragancia,
y posándose en tu seno,
se refugia con audacia
entre aquellos dos manojos
de lirios que se destacan
en tu busto, cual pequeños
montes de nieve de Tracia.

¡Dichoso el rayo de sol
que alegre llega á tu cama,
cual un sátiro intangible

que tus carnes idolatra,
y de los brazos del sueño
con sus caricias te arranca!
¡Dichoso el rayo mil veces!
¡Lo envidio con toda el alma!
¡Para él la primer sonrisa,
para él la primer mirada
que fulguran en tu rostro
todas, todas las mañanas!

El rayo se ha enamorado
de tus morbideces blancas,
y por eso cabriolea
sobre tu cuerpo de estatua,
se columpia con el seno,
sobre los brazos resbala,
en tus cabellos se enreda
y á tus contornos esmalta
con brillazones de Pharos
y con matices de nácar.
Por eso, porque comprende
que á no llegar á tu estancia
su misión en este mundo
seríale muy pesada,

viene á enroscarse en tu cuerpo,
lo caldea con sus ansias,
lo irisa con los fulgores
de sus impalpables alas,
y se deleita contigo
todas, todas las mañanas!

Á COLOMBINA

Oh mi blanca y risueña Colombina,
de forma florentina
y espíritu francés,
quiero dejar mis besos en tu boca,
oh Colombina loca,
y morirme después...

Quiero hacerte vibrar entre mis brazos,
llenarte de chispazos
las pupilas en flor,
y al prender en tus labios mi lujuria,
sentir bajo mi furia
sacudirse tu amor!

Quiero trocarte, Colombina bella,
en una blanca estrella
de provocante luz,

que surja, iluminando á la lascivia,
sobre el lecho de Libia
que decorara Ormuz.

Quiero que cambies la sonrisa loca
que se escurre en tu boca
removiendo el coral,
por el gesto de amor de una bacante
que desea un amante
obstinado y sensual. . .

Quiero que olvides á Pierrot travieso
y que al darme tu beso
me des tu corazón.
¡Sobre tus labios de color de aljaba
como un río de lava
cruzará mi pasión!

Quiero que escuches mi falaz fraseo
con el mismo deseo
vencedor del *espleen*
con que, entre el manto de una luz de plata,
oyes la serenata
que solloza Arlequín.

Quiero que brillen en tus grandes ojos
los resplandores rojos
de una hoguera de amor,
y que tiemble en tu mano la caricia,
como un ala que inicia
el vuelo en una flor.

Quiero encender en tus mejillas tersas
las púrpuras perversas
de un voluptuoso afán,
besándote los ápices morenos
que de tus blancos senos
en la cúpula están.

Quiero que te estremezcas sorprendida
cuando muerda mi vida
tus labios de carmín,
y desfallezcas al rozarte el anca,
oh Colombina blanca,
mi lujuria sin fin.

Quiero hacerte gemir contra mi pecho,
doblegar en el lecho
tu graciosa altivez,

y envolverte la vida en un espasmo
de sensual entusiasmo
y de eterna embriaguez.

Quiero cambiar tu *esprit* y tu alegría
por la melancolía
que sigue á un frenesí,
y arrastrar tu inconciencia hasta el abismo
del loco paroxismo
en que me hundo por tí.

Quiero cambiarte toda la existencia,
mi ardorosa inclemencia
quiero hacerte sentir.
¡Te quemarás el alma en mis ardores,
y al hablarte de amores,
ya no sabrás reir!...

Tú serás, oh mi dulce Colombina,
como una Mesalina
que se lanza al placer
después que en mis ardores ha gustado
el placer no igualado
de sentirse mujer...

Cuando la copa de mi amor apures
y el goce te procures
del néctar que hace amar,
la sed el néctar te dará infinita
que dió á la Sulamita
del divino «Cantar».

Y con ansia de amor entre las venas,
cargando sus cadenas
buscarás el amor,
le entregarás la flor de tu hermosura
y él, Colombina impura,
deshojará la flor!

¡Oh mi blanca y risueña Colombina,
de forma florentina
y espíritu francés,
quiero volcar mis ansias en tu boca,
oh Colombina loca...
y morirme después!

DONNA CELESTE

Dejadle paso! que su blanca veste
no ha de rozar con nadie en el camino.
¿No veis que es un espíritu celeste
que con sus alas á la tierra vino?

Dejadle paso! Al avanzar serena
brilla en su rostro que enceguece al verlo,
la fatal expresión de una sirena
que atrae hacia el abismo sin saberlo. . .

Vedla pasar! Es como un cisne blanco
que en cerúlea extensión muestra sus galas
y llueve el sol sobre su ebúrneo flanco
gotas de luz que ruedan por sus alas.

Dejadle paso! Ténue y vaporosa
como un ensueño, la deidad avanza.
¡Visión de nieve, imagen candorosa,
tú traes la luz: la luz de la esperanza!

¡Oh, dejadla pasar! Angel que vuelas
rozando el suelo con tu níveo manto,
¿no te apiadas de mí? ¿no me consuelas?
¿no te detienes á enjugar mi llanto?

El tul de una ilusión esplendorosa
cuando avanzas mi espíritu entreteje . . .
¡Y hoy pasas sin mirarme! ¡Y vas dichosa!
¡Oh! Dejad que se aleje! . . . que se aleje!

GEMIDOS

Madre, ¡cuánto sufro
por la niña aquella!...
la de claros ojos,
la de rubias trenzas,
la que yo idolatro
con el alma entera,
la que cierto día pasó ante nosotros
y, ahogando un suspiro, yo te dije: «¡es ella!»

¡Ay, madre querida,
qué terrible pena
es buscar amores y encontrar, en cambio,
mucha indiferencia!...
Soy como el viajero
que en noche muy negra
mira hacia la altura

buscando una estrella,
y ve en las alturas
tan sólo tinieblas!

Yo miré hacia un alma
buscando la estrella
de un amor profundo
que su luz me diera,
y encontré tan sólo,
¡tan sólo tinieblas!...

.....
¡Ay, madre querida,
qué terrible pena
es buscar amores,
es buscar ternezas,
y encontrar, en cambio,
¡mucha indiferencia!...

.....
Madre, yo te pido
por lo que más quieras,
por tus ilusiones,
por la vida entera
de tu pobre hijo,
que vayas á verla,
que le cuentes todas,

¡todas mis tristezas!
que allí, de rodillas,
le pidas que sea
menos inhumana,
menos altanera,
que en la luz celeste de sus grandes ojos
mi ternura envuelva,
que me dé la dicha
que cruel se lleva,
que me quiera un poco,
madre, ¡qué me quiera!...
Dile que en mi vida
sus desdenes pesan
como sobre un hombro
una mole inmensa;
dile que en mi alma
flota la tristeza
como sobre un río
una nube negra;
dile que esa mole
y esa nube inmensas
¡ay! sin energías
y sin luz me dejan!...
Dile sollozando

que tú eres muy buena,
que tú no mereces
la angustia suprema
de ver que tu hijo
se muere de pena;
ábrele tu pecho
que el dolor lacera,
ábrele tu pecho para que á sus ojos
brille el sufrimiento, como blanca perla
que humilde en su concha
ocultar quisiera
todos sus destellos;
dile que tú sufres con mis propias penas;
¡hablen tus sollozos!
y, á sus plantas, ruega
que no me abandone.
¡Nada hay que conmueva
como los sollozos
de una madre! ¡Ruega!
Y si no se ablanda
su pecho de piedra,
si no se conmueve
al ver tu tristeza,
si no arroja á un lado todos sus rigores

como un atavío que el alma desprecia,
si luego sus ojos
á mis ojos niega,
madre, yo me mato, porque no merece
que sufra por ella!

PRIMAVERAL

¡El bosque nos espera! La urdimbre del follaje
tiende un tapiz de sombra, y el viento arrullador
desprende de las arpas que cuelgan del ramaje
suspiros que modulan un cántico de amor.

La umbría es una boca profunda que nos llama,
que atrae como un abismo de sombra y de placer.
¡Hay flores que parecen labios que dicen: «ama»
y hay troncos modelados con formas de mujer!

¡El bosque nos espera! Las ramas son collares
de tersas esmeraldas que vierten resplandor.
Los nidos son alcobas veladas por cantares,
son ánforas del vuelo y estuches del amor...

La umbría nos espera, pues ;vamos á la umbría!
que el palio del ramaje nos sirva de dosel.
¡Allí quiero decirte que eres la gloria mía
y quiero de tus labios libar toda la miel!

Las rosas que tu planta destroce en el camino,
derramarán su aroma debajo de tus piés;
los pájaros que mires, modularán su trino,
y habrá perfume y cantos allí donde tu estés.

Escucha como vierte sus notas el jilguero.
Escucha! en sus redobles desgrana algún pesar...
¡Vamos! Me oirá decirte mil veces que te quiero
y oirá de mis afanes el íntimo cantar!

¡Oh, vamos! Vamos pronto, que el bosque nos espera.
Nos llaman sus millares de brazos á la vez.
¡Oh, vamos, vamos pronto, mi dulce compañera,
la de los ojos garzos y la nevada tez!

La bóveda del bosque parece la de un templo
que un órgano llenara con sollozante voz.
¡Si bajo de esa bóveda, excelsa, te contemplo,
creeré que tus pupilas son el altar de un dios!...

¡Oye!... El Amor solloza, solloza entre el follaje,
sin duda porque quiere que vayas á escuchar
la extraña melodía que borda en el ramaje
el roce de sus alas abiertas, al pasar.

¡Oh, vamos, vamos pronto! Que sus inquietas alas
al agitar el aire de mi futuro Edén,
se impregnen del perfume suavísimo que exhalas
y dejen sus caricias sobre tu blanca sien.

¡Vamos! que nos esperan las aves y las flores
con una sinfonía del canto y del color.
¡Vamos, que nos esperan! Dejemos los dolores
y entre el follaje umbrío busquemos al Amor.

TUS RIGORES

Bien haces en decir que me aborreces,
blanca princesa de cabellos de oro,
pues yo que tanto tus desdenes lloro,
prefiero tu rigor á tu desdén.

El odio que por mí tu pecho encierra
no me abate, al contrario, me enardece,
porque el vigor de mis anhelos crece
cuando se alza el puñal sobre mi sién!

Arroja sobre mí tu odio profundo
como una ruda maldición de muerte:
no he de dejar por eso de quererte,
ni he de apartar la vista á tu fulgor.
¡Cuando tú pases brillará en mis labios
la sonrisa de amor que tú provocas
en el cáliz sangriento de las bocas
que suplican la gracia de tu amor!

Cuando tu pases brillará en mis ojos
la llama del anhelo inextinguible
que el álito inmortal de un imposible
en lo hondo de mis ojos encendió.
No he de trocar en llanto la sonrisa,
ni he de velar con llanto la mirada:
¡la indiferencia, á veces, me anonada,
pero la furia del ataque, no!

Me recuerdas, por cuanto me calumnias,
y me temes, por cuanto me maldices,
y todas las infamias que tú dices
me llenan de placer, no de pesar.
No cejes en tu empeño de enlodarme,
¡si yo beso hasta el lodo que me arrojas!
y aunque mi dicha en tu furor deshojas,
no quiero tus furores aplacar.

Porque el odio profundo que me tienes
es hijo del amor que me tuviste,
y hoy ves infame al mismo que ayer viste
bueno por la virtud de una pasión,
y yo sé que no fueran tus rigores
si no fueran tus ansias infinitas,

las que yo veo en tu mirada escritas
con fuego de tu mismo corazón!...

Si nunca has de poner sobre mi pecho
de una intensa pasión la flor de grana,
prefiero que en él claves inhumana
los dardos que me arroje tu pesar.

Si no me has de querer, que me aborrezcas!
¡Si no me has de adorar, que me maldigas!
¡Yo quiero que furiosa me persigas
y no que ni me veas al pasar!

No esquivaré los dardos que me arroje
la maldad que en tu pecho se debate:
¡tratemos de morir en el combate
ya que, tarde ó temprano, hay que morir!
al menos, al caer, el que nos hiere
ha de ver ante sí la llamarada
postrera que despide una mirada
que el soplo de la muerte va á extinguir.

Sí; prefiero tú cólera insensata
á la actitud glacial de tus desdenes:
ese orgulloso corazón que tienes,
se humilla cuando ataca á mi pasión.

¡Bendeciré los dardos que me lances
á herirme en un manojo de destellos,
porque algo tuyo quedará con ellos
clavado en mi ferviente corazón!

Ódame, ingrata, si tu amor no es mío,
con el odio que corre por tus venas;
vuelca toda tu hiel sobre mis penas,
que á mi pasión no apagará tu hiel.
¡Ante el rigor que sobre mi descargues,
verás erguirse, cada vez más fuerte,
desafiando á la vida y á la muerte,
mi amor más tuyo cuanto más cruel!...

Cuando tus iras lleguen á cruzarme
el alma como un rudo latigazo,
á mi amor se unirán en un abrazo
que me unirá por un instante á tí.
Si cuanto más me dañas más te adoro,
si cuanto más me hieres más te ansío,
es porque, al atacarme, se une al mío
el fuego de tu loco frenesí.

El látigo que caiga en mis dolores
para grabar tu cólera en mi vida,

bañándolo en la sangre de mi herida
en un lazo de amor transformaré,
y unido tu rencor á mi deseo
por el castigo que vibró en tu mano,
detrás, querida, de un afán tirano,
cuanto tú me aborreces te amaré.

Y respondiendo á las ofensas tuyas,
este cariño que mi vida abarca,
las estrofas más dulces del Petrarca
temblando en tus oídos dejará.
¡No importa que me insultes! En mi pecho
contra tus iras sólo habrá ternura,
y aunque agosta sus flores la amargura,
una flor para tí siempre tendrá.

Hiere sin miedo al corazón altivo,
que la sangre que brote de mi herida
al caer en tu frente bendecida,
te ceñirá la frente de esplendor,
pues trocadas las gotas en fulgores
por el mágico hechizo que destellas,
una corona mística de estrellas
será en tu frente mi inmortal dolor.

Tus insultos darán mis vibraciones;
que así como en el sueño del poeta
provocaron los gritos del profeta
la trágica pasión de Salomé,
ingrata, los insultos que me lances,
cual traidores guijarros de tu ira,
al caer en las cuerdas de mi lira
despertarán al alma de Musset!

RESURRECCIÓN

Los astros, que desgranán sus fulgores
por el espacio inmenso,
no saben en que mundo irá á posarse
su caricia de fuego.

Eres como los astros, pues difundes
de la belleza el resplandor supremo,
sin saber sobre que alma va á posarse
su caricia de fuego....

Mas yo lo sé! porque en tus grandes ojos
luz de otros mundos mis pupilas vieron,
y vibró el corazón como una lira
en cuyas cuerdas se enredara el viento,
que la onda de un amor nunca sentido
llegaba hasta el refugio de mi pecho.
¡Oh, yo lo sé! pues cuando ví tus ojos,
do sus alas de luz bate el deseo,

sentí que tu hermosura descendía
en un lampo de amor hasta mi anhelo! . . .
¡Oh yo lo sé! pues cuando ví tus labios,
surgió cual llamarada en mi cerebro
un enjambre de alegres ilusiones . . .

¡y de tristes recuerdos!

Y pensé en la mujer que tanto quise,
en aquella mujer que tanto quiero,
que enterraron debajo de unas flores
en un pobre rincón del cementerio,
una tarde de otoño en que caían
las hojas arrancadas por el cierzo
y entonaba en las mustias alamedas
una canción inolvidable el viento;
pensé en esa mujer, que así me dijo
cuando llorando me acerqué á su lecho:
«No te aflijas, mi bien, calla, no llores!»
¡La muerte, al fin y al cabo, es el consuelo!»
Yo nada dije; la estreché en mis brazos . . .
Cuando le pude hablar ¡ya había muerto!
El brillo celestial de una sonrisa
quedó en el pliegue de su boca preso:
¡último resplandor de su cariño
arrojado á mis hondos sufrimientos,

como un jirón de vida prodigado
de su vida en el trance postrimero!

Aún sobre mis labios
de aquellos labios el contacto llevo.
;Yo los sentí cerrarse temblorosos
sobre el último beso!
el que selló la triste despedida,
el que al poner mi afán junto á su aliento,
fué un broche de pasión que unió por siempre
mi vida á su recuerdo!

Y me parece que en tu boca irradia
el ósculo postrero
que prendí de sus labios tremolantes
cual si fuese un rubí del sentimiento,
cual si fuese una flor que mis ardores
dejaban en la tumba de mis besos!

Tú tienes el candor y la pureza
de la mujer que eternamente veo,
reflejando su imagen en mi alma
como en las ondas de la mar el cielo.
Tú tienes su hermosura. Yo te adoro.
Yo depongo á tus plantas mis ensueños,

cual flores que á tus pies vierte mi vida
tapizando de aromas tu sendero.

¡El naranjo cargado de azahares
que ha sacudido del amor el viento,
alfombra con sus lágrimas de nieve
la senda que recorren tus anhelos,
se doblega á tu amor llorando flores
y salpica de flores tus cabellos!

Tú tienes su hermosura. Yo te adoro
porque vivas en tí sus gracias veo.
Tu belleza es la suya: como un astro
te envía su esplendor desde los cielos;
acarician tus ojos los fulgores
que yo encontraba en su mirar de fuego;
resbalan por tu negra cabellera
las vibraciones de sus rizos negros;
trepidan tus rosadas morbideces
á los rítmicos soplos de su aliento;
y quizás en tu mente se entrechocan
las alas de sus mismos pensamientos!

Amo en tí su hermosura y tus encantos:
las gracias de ella que en tu rostro veo
Á la muerta y á tí, cuando te miro,

en éxtasis de amor, mudo contemplo.
Si dos amores pongo en tu belleza,
podrás imaginar cuánto te quiero!
¿Qué digo, dos amores? Uno solo,
pero un amor profundo, grande, eterno;
alianza de dos vidas que se unen
por el lazo viviente de un recuerdo;
conjunción de dos almas que se adoran
ante la imagen de un cariño eterno;
llama que en las cenizas de un pasado
hizo brotar un misterioso aliento;
amor que ha descendido hasta la tumba
y ha surgido después con mayor fuego,
que en medio de la luz agita un ala
mientras hunde la otra en el misterio,
que ha juntado la muerte con la vida
y une á glorias que son, glorias que fueron! . . .

TU SERENATA

Á Guzmán Papini y Zas.

Cantas, bardo gentil. Desde la reja
te envuelve en su mirada soñadora
la mujer que en sus venas atesora
el fuego del amor que arde en tu queja.

Vibra tu rima de oro, que semeja
un ave, despertada por la aurora,
que se posa tremante y seductora
en un balcón, donde su arrullo deja.

Tu ídolo escucha. . . . El sol de tu mirada
en los negros cristales de sus ojos
una frase de amor deja trazada.

Después. . . . sobre tus rimas melodiosas
caen los besos de sus labios rojos,
como una lluvia de sangrientas rosas.

LAS OFRENDAS

I

Era una tibia mañana.
Cuando abriste la ventana,
se alzó desde la pradera
un himno á la primavera
de tus ojos de sultana.

Llegó el valiente guerrero,—
su ademán, siempre altanero,
guía á la frase que implora,—
y dice: «aquí estoy, señora.
Aquí estoy porque te quiero!

Mi espada en sangre teñida
pongo á tus pies, abatida
por el soplo del amor,
como el tallo de una flor
por el viento sacudida.

Vengo á ofrecerte el trofeo
que mi insaciable deseo
de gloria en la lucha adquiriera,
¡y á tus plantas, la bandera
pongo por la cual peleo!

Te traeré los corazones
que en homéricas acciones
con mi acero arrancaré,
y á tus plantas los pondré
como rojos floripones.

Te proclamo la señora
de la Muerte. Triunfadora
mi espada audaz y proterva,
á tus piés será un sierva
con brillos de emperadora! »

Calló el guerrero inhumano.
En la visera la mano,
se inclinó gallardamente,
y se descubrió la frente
con un gesto soberano.

A sus palabras sumisa,
le arrojaste una sonrisa
como si fuese una flor,
y él supo que del amor
cruzaba por tí una brisa.

II

Es de tarde. En el ocaso
se hunde el sol. Con lento paso
llega al pie de tu ventana
un hombre que se engalana
con vestimentas de raso.

Se descubre. Yo te adoro,
dice, y te ofrezco un tesoro
á cambio de tu pasión.
¡Mucho vale un corazón,
pero no me falta el oro!...

Si aun son pocas mis riquezas,
buscaré más. Mis proezas
todo lo podrán por tí.
Tú tendrás un Potosí
cuando acojas mis ternezas.

En busca iré de un tesoro
mayor que el que tengo. El oro
te envolverá en su fulgor...
¡He robado por tu amor;
robaré porque te adoro!

Eso dijo á tu hermosura.
De tus ojos la ternura
sobre sus ansias cayó...
y el magnate se alejó
bendiciendo su ventura.

III

Es de noche. Sobre el velo
de sombras que cubre al cielo,
jazmines de luz florecen,
y aves místicas parecen
que en la sombra atan su vuelo.

Tú brillas en la ventana.
La luna, amorosa hermana,
te envuelve en su chal de armiño,
y te besa con cariño
sobre los labios de grana.

Triste llega el trovador.
Desea cantar su amor,
y á tu vista se detiene,
como un espectro que viene
á sacudir un dolor.

Te amo, dice. De mi vida
eres la ilusión querida.
Tras de tí va mi destino;
y hoy me cruzo en tu camino
para mostrarte mi herida.

Tú la has hecho. Tu hermosura
has clavado en mi ternura
como se clava un puñal,
y ahora dejas que mi mal
me arrastre á la sepultura.

Vengo á implorar; ¡no me hieras!
Las verdes enredaderas
que festonan tu balcón,
ya me tienen compasión
y te dicen que me quieras!

El ave que á tí levanta
su vuelo, en tus hombros canta
para que por mí suspires,
y te dice que me mires,
que me mires á tu planta.

Tan sólo puedo brindarte
la vida para adorarte.
No pueden dar mis ternezas
ni trofeos ni riquezas.
¡Sólo he venido á cantarte!

Yo soy humano y soy bueno.
De amores el pecho lleno,
sólo voy sembrando amores.
¡Yo me guardo mis dolores
si el alivio está en el cieno!

Yo no he de librar mi sien
de los golpes que me den,
infamando mi puñal.
¡Si he de vivir por el mal,
quiero morir por el bien!

Soy pobre. No soy malvado.
En mi honor inmaculado,
como en un manto, me envuelvo
Cuando camino, no vuelvo
la espalda al bien. Soy honrado!

Te traigo bondad y amor:
un tesoro de fulgor
que aún conserva el alma mía.
¡Yo vengo á mostrarte el día
que se esconde en mi dolor!

Cesó en su demanda loca
el pobre. Como una roca
tu alma impasible quedó,
y como un reptil cruzó
la sonrisa por tu boca...

Después... criminal sultana
de tus victorias ufana,
cuando insistió el cancionero,
le dijiste: ¡majadero!...
y cerraste la ventana.

TUS OJOS

¡Oh tus grandes ojos verdes, llenos de melancolía!... — En mis sueños intranquilos en que tiembla tu visión, — inclinada hacia tus ojos llora la tristeza mía, — como un sauce sobre un lago donde flota una ilusión...

¡Oh tus grandes ojos verdes como el mar, como las palmas — que se envían desde lejos su caricia original! — Son dos flores fabulosas, son dos sueños, son dos almas... — ¡Son dos almas pensativas agitadas por el Mal!

Ven! no apartes esos ojos de mis ojos avarientos, — avarientos insaciables de tu mística visión. — Son dos fuentes esos ojos donde siempre van sedientos, — como bueyes taciturnos, mis cansados pensamientos — á beber, uno tras otro, lentamente, inspiración.

Á LA DIOSA

Para Ernesto Llarroche.

Otra vez más al pie de tus altares,
temblando de fervor, diosa, me tienes.
Hoy á tí suben todos mis pesares,
como nube de incienso
que el corazón, un rítmico incensario
donde arde el fuego de mi amor intenso,
eleva hacia tu alma. En el santuario
de la antigua pasión vuelvo á postrarme
de hinojos, diosa mía,
porque quiero en tus aras comulgarme
á la luz de la fe que antes sentía. . . .

Escucha: es mi oración! Á tí levanta
su cadencioso vuelo,
como un ave eucarística que canta
un dulce canto que aprendió en el cielo.

Á la antigua pasión ya no resisto!
El labio que tu pie temblando besa
es el que te negó, cual Pedro á Cristo.
Sobre la frente que ante tí se inclina,
de la innoble traición la angustia pesa,
y, abatido mi orgullo cual la encina
que troncha el huracán, vengo á implorarte,
pordiosero de amor, una ternura
que me dé inspiración para cantarte.

El corazón que te ofrecí, no ha muerto:
ha cruzado á través de otros amores
como un barco á través de la tormenta,
y ahora vuelve á tu culto, como al puerto
vuelve el barco que todos los furores
ha sostenido de la mar violenta.

Destrozado quedó, pero si quieres
reparar la ruína que lo abate,
lo verás avanzar á tus quereres
como avanza el vigor hacia el combate.
Si me alejé de tí, perdón te implora
el pecho que en su culpa halló el castigo.

¡El mar que atravesé fué mi enemigo!
Y si á otros credos les confié mi suerte,
desde hoy vuelvo á tu culto, y desde ahora
te seguirá mi amor hasta la muerte!

TU BALCÓN

Para Pedro Manini Ríos

A tus encantos sumisa,
delante de tu balcón,
mi alma oficiaba la misa,
la misa de su pasión.

Subía desde mi pena
á iluminar tu hermosura,
mi frase: llama serena
del cirio de mi ternura.

Tu balcón era un sagrario
Allí, á tus pies, se agitaba
mi corazón: incensario
que ondas de vida exhalaba.

Y á tus pies, en los accesos
de mis lúbricos ardores,
cayeron todos mis besos
como una lluvia de flores...

Hoy en día en que derrumba
mis ilusiones la suerte,
tu balcón es una tumba:
¡el sagrario de la muerte!

Y cuando á su triste zona
me conduce el sentimiento,
cual si fuese una corona
dejo allí mi pensamiento.

Y además, ingrata hermosa,
dejo una rosa encendida...
hasta que junto á la rosa
te deje también la vida.

¡Ha de ver mi angustia fiera
como muere en tu balcón
hasta la rosa postrera
de mi postrera ilusión!

Entonces, en el sagrario
tumba de mi amor inmenso,
¡arrojaré el incensario
que dejaste sin incienso!

FÉNIX

Para Luis Scarzolo Traverso

I

¡Qué dulce melodía se levanta
sobre el sordo rumor de mis antojos
cuando en la noche de tus grandes ojos
el ruiseñor de la ternura canta!
Bajo la intensa vibración que encanta,
se duerme el huracán de mis enojos,
mientras que de un pasado los despojos,
viene á mover desconocida planta:
es una nueva imagen de ventura
que cruza por el valle de mis duelos
volcando en las cenizas sus ardores,

y del fondo de toda mi amargura,
se eleva, como un astro de consuelos,
el ave de mi amor cantando amores.

II

El ave de mi amor cantando amores,
va á buscar de tus ojos en la sombra,
al ruiseñor oculto que me nombra
al desgranar sus cánticos mejores,
y entablando un certamen de primores,
canta mi amor el duelo que me asombra,
y tejen á tus plantas una alfombra
mis ensueños, mi afán y mis dolores...

El ruiseñor de tu ternura calla...

Mas libre, al fin, de incógnitos resabios,
la explosión de sus cánticos estalla,
y á impulsos de tu anhelo y mis antojos,
dos lujurias se muerden en los labios
y dos almas se besan en los ojos!

LO QUE LAMENTO

Para Héctor Gómez.

Te dí, al principio, mi amor,
cuando estaba de amor loco;
mas, por lo visto, era poco . . .
Quisiste ofrenda mayor.

Y te dí las ilusiones
de mis veinte primaveras:
al fin y al cabo, tonteras.
¡No aplaqué tus ambiciones!

Y te dí mi juventud
con sus tesoros de vida.
Para tu sed desmedida
era poco. Mi laúd

depuse á tus pies; mi gloria,
mi porvenir, mi esperanza...
¡Pero mi pasión no alcanza
ni con eso la victoria!

Ya nada tengo que darte,
y aun pides más. Apenado
pienso en lo que he destrozado
por no querer destrozarte.

Y como no tengo ahora
nada que dar, no me quieres.
¡Has vendido tus quereres
á buen precio, vendedora!

¡Cómo te ensañaste en mí!...
Sin embargo, diosa impura,
cuando evoco mi amargura,
es para evocarte á tí!...

Y hoy en mi suerte al pensar,
exclamo al punto, afligido:
¡me hace falta lo perdido...
para volver á empezar!

OTRO AÑO MAS

Como el año que fué, será el que vino
para el amor que en mis entrañas siento.
¡Otro año más irá mi sentimiento
ahondándose en las zarzas del camino!

Como el año que fué, quiere el destino
que arrastre mi pesado desaliento.
¡Otro año más será mi pensamiento
al santuario de tu alma peregrino!

Como el año que fué, mientras mi lira
hace á tus plantas de pasión derroches,
cual un rey mago que por ti suspira,
irá mi amor, espléndida sultana,
todas, todas las noches,
á dejar una flor en tu ventana!

AMOR LIBRE

No lo digas jamás.....
.....
Aquella noche azul con sus perfumes
Y con sus brisas cálidas;
Aquellas aves, que en las verdes frondas
Del rey hebreo la canción cantaban;
Tus ojos en los míos, nuestras manos
Temblando entrelazadas;
Aquella nube que cubrió á la luna...
Jamás lo digas!... ¡Calla!

CARLOS ROXLO.

No lo ocultes, ¿qué importa que lo sepan?

Afirmalo en voz alta:

yo he sentido cruzar sobre mis labios
una brisa de amor que me abrasaba,
yo he sentido temblar sobre mis ojos
de una pupila la ardorosa llama,
yo he estrechado en mis brazos una vida
que á mi vida buscaba

para fundirse en un placer supremo
que tendiese una escala
entre nuestros dolores y la gloria,
¡la gloria de la carne sacrosanta!

Tú eres más pura ¡oh sí! que la doncella
que el fuego del amor ahoga inhumana, —
como una madre criminal y torpe
que hace morir al vástago en la entraña, —
para poder así llevar al lecho
nupcial la ofrenda casta
de su virginidad, vendida al hombre
que mejor la pagara.

Tú vales más que todas las matronas
que se dicen honradas
porque no han entregado su ternura
al hombre que idolatran,
reservando su cuerpo y sus caricias
para el que pudo ante la ley comprarlas!

No lo ocultes, ¿qué importa que lo sepan?
Dilo con arrogancia!

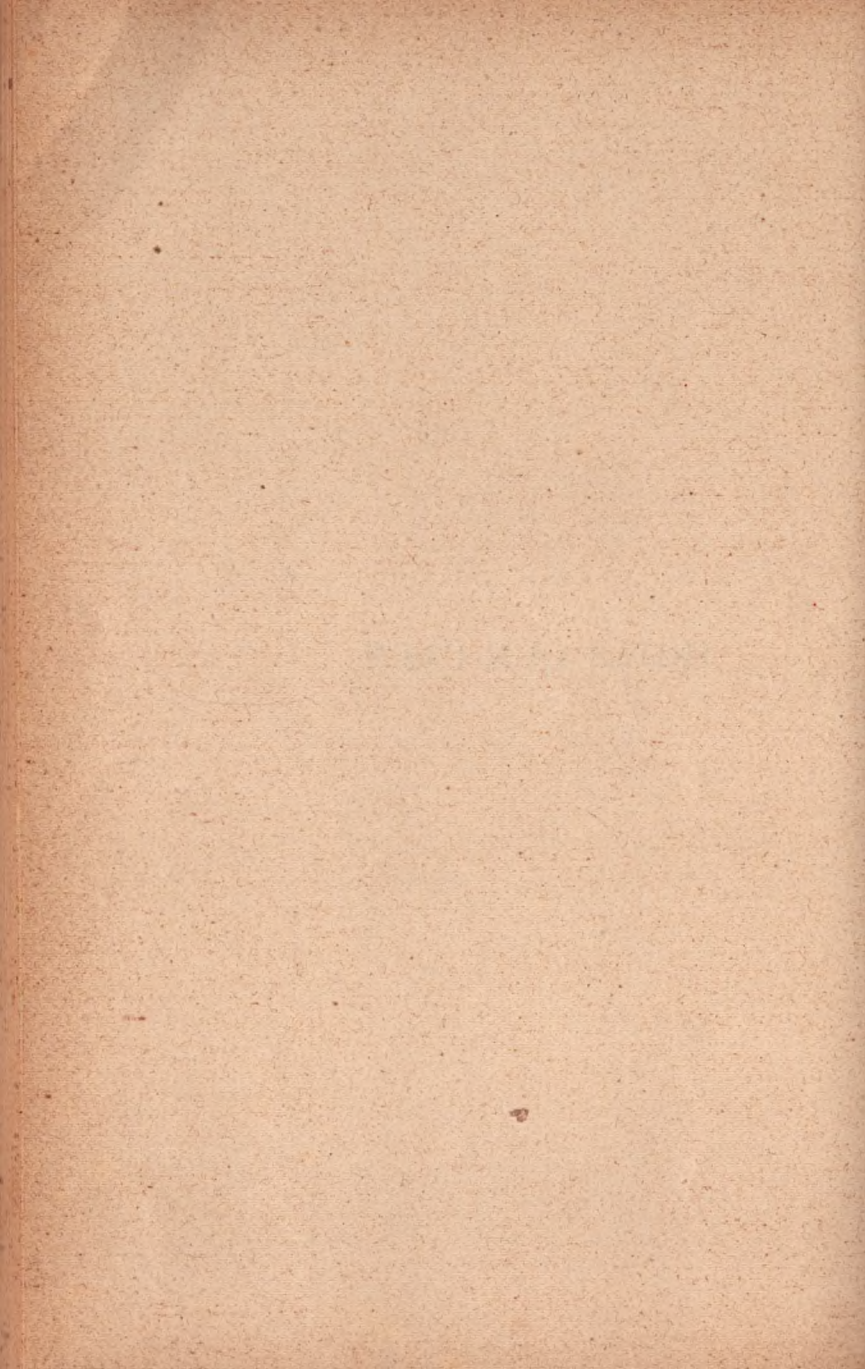
Tú dejaste al amor que libremente
por tus venas cruzara,
avanzando triunfal sobre tus horas,

como un viento de vida que llegaba
á difundir anhelos en tu vida,
á volcar nuevas ansias en tus ansias,
y á vibrar con intensas vibraciones
como un alma en tu alma.

Tal hiciste mujer, y sin embargo,
cuando lo piensas, bajas
temblorosa los ojos, encendida
por el rubor tu cara,
como si fuese un crimen el secreto
de aquella noche santa!

No te avergüences más! Si por el mundo
por eso cruzas con la frente baja,
dime mujer, ¿quiénes serán entonces
las que deban llevar la frente alzada?

HOJAS QUE CAEN



CANTAR

Nadie hay de mejor memoria
que la madre que yo tengo:
¡cuando yo olvido mis penas,
ella las está sufriendo!

VÍCTIMA

Víctima de sus rigores
me hacen morir las mujeres,
unas, dándome dolores,
otras... dándome placeres.

MÁRTIR

De los mártires al lado
me colocan mis arrojós.
¡Yo también muero abrasado
en la hoguera... de tus ojos!

ERROR

Tú crees que has de librarte de mí con esquivaces,
y en lo hondo del olvido todo un amor sepultas.
¡Los buzos del recuerdo logran sacar, á veces,
del mar de lo pasado las perlas más ocultas!

ANSIAS

Quiero ser tu Pigmalión,
mi insensible Galathea,
y abrasarte en la pasión
que en mis entrañas flamea.

Quiero sentir en mi boca
de tu boca la dulzura,
y enroscar mi fuerza loca
oprimiendo tu hermosura.

Quiero ver cual se aniquila
el desdén que me anonada,
¡y sentir en mi pupila
la presión de tu mirada!

Á UNA ROSA

Hacia la bondad te inclinas...
Rosa que no tiene espinas,
eres flor tan singular,
que aun así tienes aroma,
 « ay, paloma, »
contradiendo á Balart.

Cuando al llegar el estío,
tu cáliz se abra al rocío
luminoso del amor,
te encontrará, soñadora,
 cada aurora
más mujer, digo, más flor...

Tu aroma, flor de belleza,
hace perder la cabeza
á quien lo llegue á aspirar,

y con él, divina y fuerte,
das la vida ó das la muerte,
según lo que quieras dar. . .

PASIONALES

En tus ojos muy negros, muy negros!
donde enciende su tea el Amor,
se retuerce la fúlgida llama
que desea enroscarse en la mente
de tu adorador. . .

En tus suaves mejillas de rosa
con tersuras de nieve y marfil,
¡cómo agita sus alas de fuego
la pasión que en tu rostro ha encendido
las glorias de Abril!

En tu seno, manojo de lirios,
se estremecen, vibrantes de ardor,
los suspiros que el alma modula
como un arpa que hiere el Recuerdo
cantando al Amor! . . .

En tus manos, estrellas de nieve,
de unas alas contemplo el batir.
¡Un enjambre de inquietas caricias
quiere el vuelo tender hacia el hombre
que te hace sufrir!

Á UN JOVEN

Tú también lo sabrás! Todo el que sube
tropieza en un dolor que lo acuchilla,
porque el dolor, lo mismo que la nube,
siempre arroja su dardo á lo que brilla.

Y DIJO EL MORIBUNDO:

Bajo á la tumba perdonando agravios.
Mi alma se muestra ante el dolor sumisa.
¡Yo llevaré á la Muerte, entre los labios,
un regalo de bodas: mi sonrisa!

Mi vida de torturas abandono,
sonriendo á tu imagen al partir.
Todo el mal que me has hecho te perdono
porque voy á morir.

Muero pensando en tí! Sólo por verte
volviera á atravesar por los abrojos
del camino que hoy deja mi amargura.
¡ Al apretar mis párpados la muerte,
encerrará en mis ojos
la sublime visión de tu hermosura!

Y presa de mi afán, tu imagen bella:
astro de amor que enciende mi erotismo,
en mis ojos sin luz será una estrella
enredada en las sombras de un abismo.

Y si llegas piadosa á mis despojos,
para posar tus labios en mi tez,
¡ llenos de llanto, se abrirán mis ojos
para verte otra vez!

ALETAZOS



AD BELLUM!

Mi empeño es santo. Calla, pues! No seas
la mano que me arranque la victoria.
¡Quiero morir envuelto en mis ideas
como en una gran túnica de gloria!

¿Que lloras por la vida que amargaste
clavándome el desdén en las entrañas?
Cuando yo te la dí, la despreciaste.
Hoy la desprecio yo, ¿por qué te extrañas?

No llesves adelante tu quimera
por ver si de la muerte me desvío.
¡Si es la muerte la dulce compañera
que me has hecho elegir, ídolo mío!

No llores por mi vida. Si me lanza
mi ardor á la más recia sacudida,
¡oh tú, que asesinaste mi esperanza,
no llores por mi vida!

* * *

La fe me acompaña. De bríos voy lleno.
Provoco á la suerte, desprecio á la muerte.
¡La luz de mi vida gloriosa se expande!

¡Yo quiero ser bueno,
yo quiero ser fuerte,
yo quiero ser grande!

Yo quiero ser grande para que me admire,
yo quiero ser fuerte para que me siga,
yo quiero ser bueno para que me quiera.
Detrás de este anhelo iré hasta que espire.
Yo haré de la suerte contraria una amiga.
Si muero en la lucha, ¡no importa que muera!

Desprecio á la muerte;
prosigo sereno;
¡mi audacia se expande!

Yo quiero ser fuerte,
yo quiero ser bueno,
yo quiero ser grande!

Así exclamaba un día
al sentir en mi pecho la alegría
de una nueva ilusión; así, extasiado
ante no sé que alegres fantaseos,
exclamé, trastornado
por la visión de todos mis deseos...

Mas, sintiendo otra vez sobre mi frente
el peso de la angustia que la empaña,
y que allí donde estoy, está presente,
como una sombra que á mi pie acompaña,
dije llorando: corazón no cantes;
no olvides los rigores de tu suerte;
el himno de la vida no levantes,
¡oh tú que ya eres todo de la muerte!

Yo no puedo luchar! No tengo ardores.
Ni una sola ambición me infunde aliento.
El árbol crece cuando ve fulgores
que lo atraen al azul del firmamento.

Yo no veo fulgores. La tiniebla,
como un castigo, sobre mí se extiende.

¡La niebla que me oculta, es una niebla
donde jamás el sol un beso prende!
Soy un árbol sin savia y sin primores
desde que me sacude la congoja.

¿Para qué brotar flores
cuando no hay una mano que las coja?...

¿Luchar querías, corazón infausto?

¡Qué loco desvarío!

Ir á la lucha, cuando estás exhausto!
Ser llama, cuando sientes tanto frío!...

¿Pretendías lanzarte á la batalla
confiado en tu valor? ¡Vana quimera!

¡Oh corazón incorregible, calla!

No se puede ser brazo y ser bandera.

Dar la existencia tu valor quería
sin saber que anhelaba un desacierto.

¡Ya no la puedo dar, porque no es mía!

¡Ya no puedo morir, porque estoy muerto!

Te hizo creer posible la victoria
de un ensueño feliz el loco alarde.

¡Ya no quiero luchar, ni por la gloria!

¡Ya en nada tengo fe: soy muy cobarde!

Ella mató la fe que me alentaba,

y hoy, si entrase á la lid, ya no obtendría
los laureles que otrora conquistaba,
porque ella es mi valor, ¡y ella no es mía!

Ir á la lucha ¿para qué? Si acaso
me llevase á vencer un noble intento,
sin que viniese á detener mi paso,
como un profundo abismo, el desaliento,
el desengaño en el instante mismo
de mi inútil victoria surgiría,
y después de salvarme de ese abismo,
en otro me hundiría!...

Luchar! luchar con ánimo sereno
para lograr ser grande, fuerte y bueno,
es gloriosa actitud: la lucha es recia!
pero esa gloria mi pasión no inspira,
que si logro torcer á mi destino,
el desengaño exclamará en mi lira,
viendo que su desdén contra mí arrecia
la mujer que obstinada me zahiere:
ser grande ¿para qué? si no me admira!
ser fuerte ¿para qué? si me desprecia!
ser bueno ¿para qué? si no me quiere!

EL ORGULLO DEL HÉROE

Yo solo contra el mundo. Mi fiereza
es un escollo que á la mar rechaza.
Soy un león que blande la cabeza
cual si fuese una antorcha de amenaza.

León para atacar, roca invencible
cuando me atacan, en un tiempo mismo
destrozo con mi garra lo inservible
y en mí se pulveriza el fanatismo.

En el combate mi furor se enciende
al soplo de las iras que me embisten,
y ante las rudas manos que me ofenden,
mis fuerzas de otras fuerzas se revisten.

Yo solo contra todos! No me arredra
el dolor de esta lucha que me encona.
El mar se precipita hacia la piedra,
y al rodearla de espumas, la corona!

Se arroja sobre mí la muchedumbre,
y el odio, que es su espuma, me rodea:
sobre mi frente se transforma en lumbre
que corona á mi frente en la pelea!

Nadie me quiere. Solitario y rudo,
como un peñón de hostilidad, levanto
mi frente sobre todos, y sañudo
agito el oriflama del espanto.

Nadie se acerca á mí. Si alguien se acerca,
es para descargarle sus furores
y huir después. El odio que me cerca
tiene del mar los ímpetus traidores.

Ya no queda un amor que me conforte
en la lucha tenaz que me engrandece.
Fuerza es que solo el batallar soporte
mi espíritu que nunca desfallece.

Ni tú me quieres ya! Mi amor profundo
de tu desdén se estrella en la muralla.
Eras mi único aliado en este mundo.
¡Ahora me encuentro solo en la batalla!

Mas la contienda desigual soporta
con altivez mi corazón gigante.
¿Qué ninguno me quiere? No me importa!
¡Con mi propio querer tengo bastante!

A UN LUCHADOR

Manera de Díaz Mirón.

Hacia la gloria, luchador, camina.
No te infunda el ataque un desaliento.
¡Tú sabes bien cómo creció la encina
sin que pudiese detenerla el viento!

No temas del furor la saña loca,
ni de la multitud la fuerza suma.
Las olas que combaten á la roca,
caen á sus pies deshechas en espuma.

Demuestra que tu pecho el amor siente,
al desplegar las alas de tu anhelo.
Las ondas tumultuosas del torrente
también reflejan el azul del cielo.

Que cada herida del dolor provoque
un destello vivaz en tu alma pura.
Cuando cae el martillo sobre el bloque,
desparrama fulgor la piedra oscura.

Y entonces el espíritu, forjado
en el yunque de todos los dolores,
será como el diamante que, tallado,
se transforma en un haz de resplandores.

Hacia la altura, luchador, camina,
porque en el valle se corrompe todo.
No olvides que «la gota cristalina
si llega al suelo, se convierte en lodo.»

Y si has de caer, cae altanero.
La enseña de la luz salven tus brazos.

¡Seméjate al acero,
que ilumina la lucha con chispazos!

LA MUERTE DE CÉSAR

«¡Tú quoque!» —dijo César. Moribundo
cayó al golpe infligido por la mano
que no quiso apartar, presa el tirano
de un desaliento ante el dolor profundo...

Sobre mi frente levantaba el mundo
los puñales de un odio soberano,
y yo oponía á su furor insano,
mi vigoroso espíritu iracundo.

Mas, de pronto, surgiste entre la turba
odiándome también, fiera esgrimiendo
de tu mirada el rayo que conturba.

Igual que César desprecié la vida,
y «¡tú quoque!» á mi vez como él diciendo,
libré mi pecho á la mortal herida.



ERRATA

Página 35.—Segundo verso de la segunda estrofa.—Donde dice *masa* debe decir *maza*.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	v
Por qué.....	1
Llanto de rosas	4
Tus pupilas	9
La choza.....	13
Serenata	18
Los paréntesis.....	22
Mi tortura	26
Súplica.....	29
El viento.....	31
Tus ojos y tus labios.....	34
Mi corazón	35
Los celos.....	42
Mis siemprevivas	43
La invencible.....	49
El regreso.....	50
Tu rayo de sol	52
Á Colombina	56
Donna celeste	61
Gemidos.....	63
Primaveral	68
Tus rigores.....	71
Resurrección.....	77
Tu serenata	82

	Págs.
Las ofrendas	83
Tus ojos	91
Á la diosa	92
Tu balcón	95
Fénix	98
Lo que lamento	100
Otro cariño más	102
Amor libre	103

HOJAS QUE CAEN

Cantar	109
Víctima	109
Mártir	109
Error	110
Ansias	110
Á una rosa	111
Pasionales	112
Á un joven	113
Y dijo el moribundo	113

ALETAZOS

Ad bellum!	117
* * *	119
El orgullo del héroe	123
Á un luchador	126
La muerte de César	128
Errata	129
Índice	131

